

TODAS MIS PLANTITAS MUERTAS

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas.
Aquellas que se secaron porque
no las regaste cuando te tocaba,
y las que ahogué yo con tanta lágrima.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas.
Y el único cactus sobreviviente
me miraba llenito de pena,
gritándome que también él se moría.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas,
pero sin atreverme a tirarlas.
¿Qué más daba que estuvieran muertas,
si seguían ahí?

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas
y empezar a contar tu ausencia por meses.
Porque contarla en semanas
se me hacía eterno,
en estaciones
muy triste,
y en las astillas que me he clavado del cactus
desde que ya no estás,
demasiado doloroso.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas
y me deshice de tu maceta.
Porque era muy chiquita
y a mí me queda mucho por crecer.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas
y para poder germinar por mi cuenta,
me deshice de todas las semillas caducadas que traías.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas.
Pues solo algunas flores secas me resultan bonitas,
lo demás sí se debe nutrir.

Y por fin, a la mañana siguiente, decidí
utilizar todas mis plantitas muertas de abono.
Echar nuevas raíces,
dejar entrar luz por entre las grietas
y comenzar a regarme a mí misma.
Con mucho miedo porque, supuestamente,
la mala hierba, nunca muere.

Una mañana decidí
dejar de regar plantas muertas
y mírame:
de aquellos hierbajos, todas estas flores.

Tan solo hacía falta marchitarse,
para volver a florecer.

